



INTRODUCCIÓN

Francisco Letelier Troncoso ¹
Ximena Cuadra Montoya ²

El texto que estamos introduciendo fue la conferencia magistral que la socióloga mexicana Raquel Gutiérrez Aguilar hizo con motivo de la inauguración del año académico de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica del Maule, en abril de 2023. Raquel venía de Bolivia e ingresó a Chile por el sur. La fuimos a buscar a Valdivia. El viaje de ocho horas hasta Talca fue la primera oportunidad que tuvimos de conversar con ella de manera presencial. Si bien había estado con nosotras/os un par de veces de manera remota y había prologado uno de nuestros libros (*Lo Comunitario. Alternativas en tiempos de crisis*), fue cosa muy distinta tenerla al lado.

La invitamos para que expusiera su trabajo, pero sobre todo para discutir lo que estábamos haciendo nosotros sobre la base de las reflexiones suyas y de su equipo. Dice Raquel de la visita a Talca, en el texto: “ha sido una experiencia curiosa, porque nunca había estado en un sitio donde se me convidara a discutir asuntos de un proyecto de investigación en marcha, que recupera parte del trabajo intelectual que hacemos -con un conjunto de compañeras y alguno que otro compañero- en la ciudad de Puebla, México, y que eso fuera parte relevante de su armazón teórico”. De manera muy elegante, nos dejó saber que el sentido en que, en ocasiones, interpretamos sus ideas, no siempre era el “original”. Su visita fue un momento precioso para reflexionar sobre nuestra labor como investigadores/as, la forma en cómo nos aproximamos a lo comunitario y lo estudiamos.

1 Director de la Escuela de Sociología e investigador del Centro de Estudios Urbano-Territoriales (CEUT) de la Universidad Católica del Maule.

2 Profesora de la Escuela de Sociología e investigadora del Centro de Estudios Urbano-Territoriales (CEUT) de la Universidad Católica del Maule.

Un primer remezón que nos provocó Raquel fue su reflexión en torno al alcance político de nuestro trabajo. Nos confrontó con un cierto modo académico de hacer las cosas, que en ocasiones nubla la intención estratégica que toda iniciativa investigativa debe tener. Nos dimos cuenta de que a veces poníamos “la carreta delante de los bueyes”, el marco teórico antes que la realidad. En este sentido nos animó a poner los conceptos al servicio de preguntas claramente formuladas y no al revés.

Su visita nos ayudó a explicitar lo que nos proponemos: acompañar el esfuerzo de las comunidades por reconquistar un lugar en la producción de la sociedad chilena. Aquí, a diferencia de otros países de América Latina, las organizaciones comunitarias tienen un papel muy disminuido para orientar o discutir las decisiones del Estado y del capital. ¿Siempre ha sido esta su condición? No. Hasta 1973 se experimentaba un proceso ascendente de organización y articulación poblacional. Las comunidades territoriales eran actores en la producción de la ciudad y el movimiento de pobladores, como lo señaló hace tiempo Manuel Castells, constituía uno de los aspectos más específicos de la lucha de clases, evidenciando las contradicciones en relación con las condiciones de vivienda y equipamiento colectivo. Pero, a partir del golpe de Estado de 1973, comienza un proceso sistemático de desmantelamiento del movimiento vecinal popular y de institucionalización de un nuevo marco de acción de lo comunitario local.

Este nuevo marco configura su acción en dependencia del Estado (heteronomía), recluye a las organizaciones en límites espaciales y simbólicos rígidos (contención), extirpa su condición de agentes de transformación (despolitización) y rigidiza las formas organizativas, promoviendo funcionamientos jerárquicos y personalistas (burocratización).

Pero, al tiempo que constriñe la acción comunitaria, este contexto estimula y fuerza la búsqueda de nuevos caminos. Así, tienen lugar experiencias comunitarias no organizadas bajo la forma dominante, que buscan resolver problemas de diversa índole, mientras que muchas agrupaciones participan en experiencias y procesos que muestran potencial transformador. Es justamente en esas expresiones y experiencias, que resaltan el potencial transformador de la cultura comunitaria, en las que nuestro trabajo quiere poner foco.

Este remezón también nos ayudó a abrir posibilidades metodológicas otras, a recuperar la experiencia que poseemos como actores de procesos sociales. Lo que nos conflictúa hace parte de nuestras investigaciones, decisiones, intereses y sentidos de pertenencia. Por lo tanto, el fecundo diálogo que sostuvimos con Raquel sobre el “cómo hacer la investigación situada” nos recuerda que no podemos dissociar nuestro quehacer académico de nuestras actorías sociales. Esto es una clave para “no poner la carreta delante de los bueyes”, pues reconocemos que lo que somos construye preguntas de investigación, el cómo lo hacemos y con quiénes. En consecuencia, nos dejamos permear por esta interpelación, y durante este periodo fortalecimos nuestra agenda vinculando la investigación con diversos ámbitos donde nos desplegamos, tales como lo vecinal, lo laboral y lo ambiental.

Desde este marco compartimos el día a día con diversas agrupaciones comunitarias que están en búsqueda de nuevos caminos e intentamos ayudarles a “organizar sus experiencias” porque, como nos dice Raquel, “mientras se tiene desorganizada la experiencia de lo vivido, esta no es fértil para guiar el pensamiento y nutrir las acciones prácticas que se ponen colectivamente en marcha”.

Nosotros, a diferencia de lo que su equipo hace en México, no estamos estudiando luchas de gran calado. Cuando el suelo está muy erosionado no se puede esperar que de él crezca un árbol, primero hay que

recuperarlo. Se necesita que la vida microscópica, los insectos, las aves y los animales vuelvan a habitarlo. Recuperar el suelo requiere reconstituir los diminutos entramados de vida que lo hacen un lugar fértil. En Chile, entendemos que una tarea importante es recuperar el “suelo comunitario”, erosionado por décadas de dictadura y políticas descolectivizantes y Estadocéntricas. Nuestra intención es participar de la reconstitución de las relaciones cotidianas y situadas que generan las posibilidades de lucha. Pero lo que nos mostró Raquel es que, para no perderse en ese proceso, hay que hacerse preguntas claras, preguntas políticas y reconocer las micro-luchas concretas, sus formas de gestión y los obstáculos que enfrentan. Entendemos, entonces, que es una batalla cotidiana.

Aquí nos hace mucho sentido la apuesta por trabajar desde la trama de interdependencia de la que somos parte y construir herramientas analíticas que partan desde ahí. Esto para nosotros ha implicado discutir la forma tradicional en que se ha definido lo comunitario en Chile y que termina por cosificarlo, igualándolo al grupo que comparte una identidad o un territorio y, más estrechamente, a la organización.

Hemos asumidos plenamente la idea de entramados comunitarios propuesto por Raquel y su equipo y hemos intentado, un poco a tuestas, extenderla hacia espacios que generalmente están fuera del campo de observación: lo familiar, lo amical y lo laboral, donde hemos encontrado un amplio conjunto de tramas que contribuyen al sostenimiento de la vida, pero que no están exentas de contradicciones. La familia, por ejemplo, es al mismo tiempo lugar privilegiado de protección y cuidado, y fuerza que jalona las relaciones comunitarias hacia lo privado, inhibiendo la producción de lazos débiles y asociativos. Siguiendo a Federico Oriolani, nos parece que en Chile es fundamental entender a las familias como insertas en entramados que las constituyen y las significan.

Raquel nuevamente nos alerta sobre lo importante de definir bien lo que se quiere decir, lo hace con cariño, estimulando nuestra búsqueda: “ahora, los compañeros investigadores de la Escuela de Sociología UCM han realizado una especie de expansión, una ampliación de nuestra idea de trama, aludiendo a entramados amicales, entramados laborales, etc. Son ensayos a través del lenguaje que seguramente serán fértiles y en algún momento tendrán que reajustarse conceptualmente para precisar aquello que quiere ser expresado”.

Otro remezón fue la invitación a “dejar de pensar desde (...) el dispositivo ciudadano conexo con este régimen político extractivista. Es decir, el artefacto que concede derechos e iguala de manera formal, pero ignora y desconoce las desigualaciones materiales reales de manera inmediata, en el mismo movimiento”. En un país que ha hablado mucho de participación ciudadana, y en el que los propios líderes comunitarios la asumen como su razón de ser, entendemos que es necesario desanclar lo comunitario de lo ciudadano, comprendiendo las prácticas que definen su autonomía.

Las conversaciones que tuvimos apuntalan la idea de que para reconstituir la fuerza de lo comunitario en Chile es necesario recuperar un lenguaje y una agenda propia. Esto refuerza nuestra intuición/intención de hablar de esfera comunitaria. Una esfera comunitaria de base local contiene múltiples entramados que especifican su concreción, pero al mismo tiempo posee un potencial de generalización para visibilizar que, por muy distintos que sean los ámbitos en que se desenvuelven las experiencias y por más diversas que sean sus formas, tienen un denominador común: sostener la vida. Tal potencialidad de generalización de la figura de esfera nos lleva a relevar las conexiones (o desconexiones) que existen entre entramados diversos y su mutuo reconocimiento como parte del proceso de reproducción de la vida. El efecto de frag-

mentación, ese del que nos hablan Gutiérrez y Salazar (2019, p. 26) cuando señalan que, en el capitalismo, “los diversos procesos de reproducción de la existencia se subordinan a la producción de capital, apareciendo como [un] conjunto de actividades fragmentadas, secundarias y sin significado propio”; a su vez, “la política estatal —aparentemente el único lugar para la realización de la gestión colectiva— se sitúa por encima de la sociedad, velando —según su propio decir— por el ‘bien común’ y relegando la reproducción social al ámbito de lo privado”.

En su visita a Talca, le propusimos a Raquel una agenda sumamente intensa, un poco exagerada tal vez. La idea era aprovecharla al máximo. Estuvimos en diversas conversaciones con estudiantes, equipos de investigación, dirigentes y dirigentes comunitarios, con equipos de gobierno. Sin parar. La tranquilidad que nos queda es que, de vuelta, ella también nos “sacó el jugo”. Siempre respetuosa y amable, nos puso preguntas duras e interpeló profundamente el sentido político de nuestro quehacer académico. Su visita fue un fraterno remezón.